



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Andrade Kobayashi, Megumi

Representaciones e imaginarios perrunos: desde Grecia hasta la Conquista de América

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 2, núm. 26, 2011, pp. 11-48

Universidad de Talca

Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027770002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Representaciones e imaginarios perrunos: desde Grecia hasta la Conquista de América

Megumi Andrade Kobayashi (*)

RESUMEN

Este trabajo rastrea y analiza los principales “imaginarios perrunos” presentes en Grecia, Roma, el Renacimiento y el proceso de Descubrimiento y Conquista de América, a partir de una serie de registros visuales, textos y documentos. El objetivo es visibilizar de qué manera se ha articulado, en cada uno de estos períodos de la cultura occidental, la relación entre lo humano y lo animal a partir de las representaciones operantes en torno a la figura del perro. Siendo este un animal de enorme presencia en la vida cotidiana del hombre a lo largo de la historia, y que ha tenido, por lo demás, complejas y en ocasiones contradictorias valoraciones, consideramos que la revisión de los imaginarios culturales, sociales e históricos que han estado asociados a él, permiten dirigir una mirada profunda y crítica en torno a la compleja articulación entre lo animal y lo humano.

Palabras clave:

Imaginarios - “lo animal” - “lo humano” - perros - Grecia - Roma - Renacimiento - América.

(*) Magíster © en Literatura, Universidad de Chile. Ayudante de Literatura Colonial, Departamento de Literatura, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Este artículo forma parte del trabajo de investigación realizado en el Proyecto FONDECYT Regular N° 1100148, “Representaciones e imaginarios perrunos en la Literatura Hispanoamericana”.

Artículo recibido el 6 de julio de 2011. Aceptado por el Comité Editorial el 15 de septiembre de 2011.

Correo electrónico: megumiandrade@gmail.com

ABSTRACT

This study tracks and analyzes the main “doggish imaginary” present in Greece, Rome, the Renaissance, and the process of Discovery and Conquest of America, drawing upon a series of visual registers, texts, and documents. The objective is to make visible, from operating representations around the figure of the dog, the way in which the relationship between humanity and animality has been articulated in each one of these periods of Western culture. Because the dog is an animal of great presence in mankind’s daily life throughout history -one that has been valued in complex and occasionally contradictory ways- we believe that reviewing the cultural, social, and historical imaginations associated with it enables the direction of a deep, critical look into the complex articulation between animality and humanity.

Keywords:

Imaginary - “animality” - “humanity” - dogs - Greece - Rome - Renaissance - America.

Imaginarios perrunos en la Antigua Grecia

Los perros abundaban en la Grecia antigua. Domesticados, servían como compañeros de caza, rondaban los banquetes para comer las sobras que iban dejando los comensales, eran de entretenimiento en el caso de peleas entre perros y gatos, e incluso eran utilizados para realizar ritos supersticiosos en los cuales se hacía participar su cuerpo en un ritual de purificación¹.

Si bien podemos constatar la presencia del perro en un amplio espectro de situaciones de la vida cotidiana de la Grecia antigua, interesa, en esta ocasión, intentar reconstruir los imaginarios perrunos existentes en dicha cultura. Al revisar una serie de documentos y estudios referentes a la historia, el arte y la cultura griega, hemos podido reconstruir al menos tres regímenes de representaciones predominantes: el perro como animal impúdico (a partir del cual se configuran dos imaginarios, uno dominante, asociado a una serie de valoraciones negativas, y otro emergente, a partir de la revalorización del perro como modelo de vida a partir de los filósofos cínicos); el perro como guardián; y el perro como fiel compañero.

¹ El historiador Robert Flacière nos cuenta: “Utilizados para la purificación, en caso de que algo que conlleve mal devenir se presente, los griegos iban donde una sacerdotisa la cual, con el cadáver de un perro joven, daba vueltas en círculo a su alrededor. Este rito tendría que ver con el culto de Hécate”. Flacière, Robert. *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1989, pp. 273-274.

1. El animal impúdico por excelencia

1.1. Imaginario dominante. Valorización negativa: la impudicia y el perro como el antimodelo de la sociabilidad

Al realizar su estudio sobre los filósofos cínicos², García Gual indaga sobre los imaginarios perrunos que rondaban en la época, haciendo especial énfasis en la denominación de este grupo de filósofos como los *kynikoí* (derivado de *kyon*, <<los canes>>) y la aceptación por parte de ellos de este apodo, la cual estaba vinculada con su capacidad de pensar de modo crítico frente a una sociedad en crisis³.

En este imaginario, el perro es representado como el animal impúdico por excelencia al no tener ningún tipo de consideración con respecto a la vergüenza ni a la moral. Con respecto a esta característica perruna, el autor declara: "Al <<perro>> le caracterizaba la falta de *aidós*, que es <<respeto>> y <<vergüenza>>. Simbolizaba la *anaídeia* bestial, franca y fresca"⁴. Este comportamiento, liberado de la normativa que regulaba el correcto funcionamiento de la vida en la polis, choca directamente con las bases de la cultura griega cuyos pilares de la sociabilidad humana son el *aidós* (el respeto) junto con la *diké* (sentido de la justicia), valores instalados alegóricamente en la cultura a partir del mito de Prometeo⁵.

A pesar de ser un animal domesticado, compañero del hombre en su vida cotidiana, el perro será visto como muy poco gregario y poco solidario con los de su misma especie. Individualista, se pasa del lado de los humanos, comportándose convenientemente fiel y cariñoso, o agresivo y fiero. A pesar de vivir con los hombres, mantiene sus hábitos naturales con completa deshonestidad y falta de recato, participando de la civilización pero desde el margen, asumiendo y reafirmando su condición "de bruto". Este carácter desvergonzado es considerado sobre todo porque a pesar de estar instalado en un ambiente familiar y social, hace sus necesidades y realiza actos sexuales a la vista de todos sin tener mayores miramientos, orina en las estatuas de los dioses, además de aprovecharse de las circunstancias robando en ocasiones las carnes y distintas ofrendas de los altares. Pese a no ser un animal salvaje, se advierte en el perro un comportamiento ambivalente, oportunista y al mismo tiempo despreocupado y vulgar. Es interesante constatar que en esta caracterización que realiza García Gual, la exclusión del perro en tanto antimodelo social se produce, precisamente, porque a pesar de convivir *tan cercanamente* de los humanos, el perro ha sido incapaz de adquirir las normas de comportamiento básicas de un habitante de la polis. Es importante tener en cuenta esta tensión que se produce en la conformación del imaginario perruno en Grecia, en tanto al perro se lo evalúa conforme a un modelo

² García Gual, Carlos. *La secta del perro*, Alianza Editorial, Madrid, 2005. Esta obra proporciona una interesante y productiva reflexión para establecer el reconocimiento del primer imaginario mencionado.

³ "Como en otros momentos, la aparición de estos tipos y sus prédicas es un síntoma manifiesto del malestar en la civilización y el rechazo de una cultura que denuncian como represora y retórica. (...). Como fenómeno histórico el cinismo griego está determinado por la crisis definitiva de la polis como comunidad libre y autárquica". García Gual, Carlos. op.cit., pp. 23-24.

⁴ *Ibíd.*, p. 18.

⁵ *Ibíd.*, pp. 18-19.

de “lo propiamente humano”, acercándolo y alejándolo, al mismo tiempo. ¿Por qué es el perro, y no otro, el animal más bestial, más despreciable, más antimodélico? Tal vez sea, precisamente, por su extrema cercanía a lo que constituye la vida humana, cotidiana, de estos sujetos.

“Uno diría que comparte con el esclavo -según la versión aristotélica- la capacidad de captar algo de la razón, del *lógos*, en el sentido de que sabe obedecer las órdenes de su amo, pero no mucho más. Es sufrido, paciente, fiero con los extraños, y se acostumbra a vivir junto a los humanos, aceptando lo que le echen para comer. Es familiar y hasta urbano, pero no se oculta para hacer sus necesidades ni para sus tratos sexuales, roba las carnes de los altares y se mea en las estatuas de los dioses, sin miramientos. No pretende honores ni tiene ambiciones. Sencilla vida es la vida de perro”⁶.

En Grecia, se utilizaba el calificativo de “perro” como insulto hacia aquellos que o por afán de provecho o por un arrebato pasional, quebrantaban las normas fundamentales del respeto y la decencia. Llamar a alguien de este modo, ya desde los poemas de Homero, era un grave insulto, tanto para hombres como para dioses. En el canto I de la *Ilíada*, cuando Aquiles se enfurece contra Agamenón porque éste le ha arrebatado su esclava cautiva, lo califica de “revestido de desvergüenza”, “cara de perro”, y “tú que tienes mirada de perro” (Il. I 149, 159, 225). En otro episodio de la *Ilíada*, cuando Helena se da cuenta de su impudicia al haber abandonado a su esposo al fugarse con Paris, se llama a sí misma “perra” (Il. VI 344). A su vez, el mismo Zeus, enfurecido con Hera por el poco respeto que ésta le guardaba, la insulta duramente diciéndole: “no hay nada más perro que tú” (Il. VIII 483). En estos insultos presentes en los poemas homéricos podemos detectar cuán baja era la valoración de los perros al interior de la cultura griega. Sólo existe un insulto aún más fuerte que la equiparación del actuar de hombres y dioses con la desvergüenza bestial perruna; como Ares y Hera califican a Atenea: “mosca de perro”, para García Gual, el insulto más grave que los dioses homéricos se podían aplicar.

Podemos decir, entonces, que asociado a la visión del perro en tanto que animal impúdico, se encuentra estrechamente vinculada su baja valoración en la cultura griega antigua. Como decíamos más arriba, en esta cultura los dos pilares de la sociabilidad humana son el *aidós* (el respeto) junto con la *diké* (sentido de la justicia), siendo el comportamiento perruno completamente carente del primer valor.

Es importante recalcar este profundo sentido de lo social ya que permitirá visualizar el paradigma frente al cual el imaginario perruno se establecerá como antimodelo, pues es este reconocimiento “universal” de lo decente y lo justo, lo que para los griegos caracterizará “al hombre en tanto que humano”⁷.

Desde esta perspectiva, la separación entre la conducta humana y la animal, a pesar de estar claramente definida bajo estos conceptos, tendrá una gradación en cuyo extremo bestial -y menor considerado- se encuentran los perros (abejas y hormigas, paradigma de civilidad, serían las especies más cercanas a la “humanidad”).

⁶ *Ibíd.*, p. 20-21.

⁷ *Ibíd.*, p. 20.

Como sabemos, la forma específica y más conocida de la poesía animalista moralizante es la fábula, que como género bastante extendido en la antigüedad contribuyó en gran medida a la popularización de las cualidades adjudicadas a los animales a partir de pequeños relatos que tenían una intención pedagógica. Como señala Lewinsohn, en las fábulas los animales “habitualmente tienen el don de la palabra humana y actúan más bien como seres humanos, pero el disfraz excita y mantiene el interés: se escucha mejor a una hormiga que habla que a un maestro de escuela que proclamara la misma verdad”⁸. En Esopo (s. VI a.C.), probablemente el fabulista más famoso de Grecia, encontramos una serie de relatos a partir de los cuales podemos detectar diferentes variantes de los imaginarios perrunos de la cultura griega. Es interesante recurrir a las fábulas, en tanto que se trata de representaciones que ponen en juego valoraciones de lo humano y de lo animal, estrechamente ligadas entre sí, y sostenidas no sólo a partir de consideraciones estéticas o morfológicas, sino que sobre todo a partir de la observación de la naturaleza y del comportamiento animal; convirtiéndose en un espacio privilegiado de observación de lo humano (y también de lo animal), en el cual aparecen condensadas una serie de representaciones que se han ido creando, recreando e internalizando histórica y culturalmente.

Con respecto al imaginario perruno que nos interesa aquí, aquel asociado a una serie de antivalores y defectos, encontramos un grupo de fábulas de Esopo que ayudan a conformar este panorama. “El perro y el pedazo de carne”, “El herrero y el perro” y “El perro envidioso” son algunas de ellas. La primera se trata de un perro codicioso y estúpido, la segunda de un perro astuto y aprovechador, y la tercera, que cito más abajo, de un perro mezquino que no está dispuesto a dejar que otros animales se alimenten:

“Cierta perro muy envidioso acostumbraba a echarse en un pesebre lleno de heno, y cuando venían los bueyes al establo no los dejaba comer. Un buey se acercó para coger un bocado de heno, pero el perro se puso a ladrar furioso, mostrándole los dientes.

– Bestia envidiosa –dígole el buey–, qué perverso eres que no dejas que aproveche de lo que el amo destina para nosotros y que a ti no te sirve para nada”.

Otro ejemplo de esto mismo lo encontramos en Semónides D` Amorgos⁹, poeta griego de la primera mitad del siglo VII a.C., que escribe una amarga sátira sobre las mujeres, en la cual establece una especie de catálogo femenino conformado a partir de diferentes características que varían según qué animal tienen por antepasado. Las mujeres negligentes descenderían “de una marrana de largos pelos”; las caprichosas, de un zorro trapacero; las cómodas y pasivas provienen de una “pollina”; las mujeres sin el menor encanto, de una comadreja, “desdichada y lamentable raza”; y las malas y curiosas, nada menos que de una perra.

Otras referencias que nos ayudan a reforzar la baja valoración que tenían los perros en Grecia las encontramos en una breve mención que realiza Robert Flacière en su

⁸ Lewinsohn, Richard. *Historia de los animales. Su influencia sobre la civilización humana*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1952, p.104.

⁹ D`Amorgos, Semónides. “Poème sur les femmes”, en *Hésiode et les poètes élégiaques et moralistes de la Grèce*, trad. por E. Bergougnan, París, 1940, pp. 112-114.

libro **La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles**. Al comentar la vida de esparcimiento en Grecia, describe el modo en que se jugaba a los dados:

“se practicaba con frecuencia con tres dados de barro, con las seis caras marcadas con letras equivalentes a números (A=1; B=2; etc.), o con los nombres abreviados de los seis primeros números. La unidad o <<as>> se llamaba kybos. La mejor tirada o <<tirada de Afrodita>>, era tres veces seis; la peor, tres veces cubo o tres veces uno, <<la tirada del perro>>”¹⁰.

Por otra parte, Aristóteles (s. III a. C.), en su **Historia Animalium**, para muchos, libro fundamental y fundador de la zoología occidental, entre numerosas referencias a la fisiología y comportamiento perruno, lo presenta en un momento como el animal con menor criterio con respecto a poder discernir entre algo agradable al paladar, de algo desagradable. Refiriéndose a la acidez de las vísceras de los ciervos, nos cuenta: “Los ciervos, pues, como hemos dicho, no tienen vesícula biliar, pero sus vísceras son tan amargas que incluso los perros no quieren comerlas, a menos que el cuerpo esté muy gordo”¹¹.

La sátira a las mujeres de Semónides, que mencionábamos más arriba, presenta también una valoración del reino animal en distintos grados, en cuyo extremo más bajo se encontraban una serie de animales como los perros. A las mujeres más feas las relaciona con una mona, “la más grande calamidad que Zeus haya dado por compañía a los hombres”, a las orgullosas y bien arregladas con “una yegua de hermosas crines”, y a las mujeres amas de casa y buenas madres a una abeja. Nuevamente, las abejas aparecen como animal ejemplar, representantes de valores esenciales de la polis que tienen que ver con el correcto funcionamiento de lo social-familiar. Lejos de estos “civilizados” insectos, el perro, impúdico y mal considerado, será visto como un antimodelo de los valores propios de la cultura griega.

1.2. Imaginario emergente: revalorización del perro como modelo de vida

Si consideramos el concepto de imaginario como régimen de representaciones construidas social e históricamente que se internalizan en el inconsciente colectivo, cuya fuerza se da no por una correspondencia con lo real sino por su capacidad de movilizar acciones y discursos, logrando reconocimiento y legitimidad social, entonces podremos determinar en la antigua Grecia un segundo imaginario, directamente relacionado con la visión más negativa que veíamos anteriormente. A partir de una reapropiación del apelativo “cínico” y su revalorización, es constituido un imaginario “emergente”, inferido a partir de la asunción (orgullosa y exaltada) de Diógenes de Sínope del apodo “el perro”, y la cercanía que tendrán sus seguidores con respecto a este calificativo. Entre estos seguidores, Diógenes Laercio (s.III d.C.), autor de la famosa **Vida de filósofos ilustres**, menciona a Crates de Tebas, Mónimo de Siracusa, Onesícrito de Astipalea, Metrocles de Maronea y su hermana Hiparquía, todos del siglo III a.C.¹²

¹⁰ Flacièrre, Robert, op. cit., p. 227.

¹¹ (506 a 36, p.117)

¹² Ver: Laercio, Diógenes. **Vidas de filósofos ilustres**, Editorial Iberia, Barcelona, 1986.

Como señala García Gual,

“Quienes comenzaron a apodar a Diógenes de Sinope <<el Perro>> tenían muy probablemente la intención de insultarle con un epíteto tradicionalmente despectivo. Pero el paradójico Diógenes halló muy ajustado el calificativo y se enorgulleció de él. Había hecho de la desvergüenza uno de sus distintivos y el emblema del perro le debió de parecer pintiparado para expresión de su conducta”¹³.

Esta reivindicación de la animalidad, postulada conforme a un retorno a lo natural y lo espontáneo, en un directo rechazo a las convenciones de civilidad, renuevan e invierten, de alguna manera, esta pesada visión negativa del perro que se tenía hasta ese momento. Al llevar al extremo la contraposición entre la *physis* y el *nómos*, Diógenes plantea una vuelta a la naturaleza, encontrando en el perro su particular modelo de conducta por ser el mejor ejemplo de vida despreocupada y sincera, desligada de las convenciones sociales.

Al desprenderse de las preocupaciones cotidianas, que establecen la delimitación entre lo humano y lo animal, Diógenes se jacta de conseguir independencia y libertad. De este modo, podemos afirmar qué valores positivos emergen en el imaginario perruno, lo cual no será menor ya que se produce toda una corriente de filósofos¹⁴ que predicarán con este mismo ideario cuyo modelo inaugural es Diógenes. Como bien señala García Gual:

“Bajo la enseña del impúdico perro se yergue escandalizando a sus convecinos como un paradigma del auténtico hombre <<natural>>. Busca, con su farol, un hombre de verdad; él se contenta con ser un hombre perruno, es decir, un *kynikós*. Sus secuaces aceptan el calificativo con orgullo: los cínicos procurarán imitar la *anaídeia*, la <<desfachatez>>, y la *adiaphoría*, la <<indiferencia>>, de Diógenes”¹⁵.

Esta desfachatez e indiferencia, a partir de la práctica filosófica de estos sujetos, se vuelven valores rescatados en medio de una sociedad desgastada y en crisis. Es interesante constatar la revalorización de la figura del perro en relación a un rechazo y denuncia de una sociedad que los mismos filósofos cínicos acusan como represora y retórica. Defender y practicar la falta de recato y pudor implicará instalar en el centro mismo de la polis un modelo perruno de vida, cuya ambivalencia (cercano socialmente pero impúdico y deshonesto) detenta precisamente la fuerza y la capacidad de poner en entredicho, o al menos desestabilizar, los valores fundamentales de la sociabilidad de la antigua Grecia.

2. Guardia y protección

Existía también en la Grecia antigua un imaginario perruno que estaba asociado a

¹³ García Gual, Carlos. op. cit. p.21.

¹⁴ “Los *kynikoí* que, bajo el emblema del perro, llevaron una vida canina tomando el sol en el ágora ateniense o en el mercado de Corinto, fueron los precursores memorables de otros mil cínicos anónimos, dispersos por el mundo helenístico y romano, iluminados por un mismo soleado afán de sabiduría práctica y envueltos en un atuendo mínimo y mendicante”. García Gual, Carlos, op. cit. p. 12.

¹⁵ *Ibid.*, p. 22.

la guardia y la protección. Se acostumbraba confiar a los perros la custodia de casas, templos y fortalezas.

Si recurrimos a fuentes como las fábulas de Esopo, la imagen del perro guardián está muy presente. “El ladrón y el perro” y “El lobo y el perro” son dos breves historias en las cuales el lugar asignado a los perros dentro de la cultura griega está muy asociado a la protección de los hogares. En la segunda fábula, cuando el lobo le pregunta al perro por qué, si él es más fuerte y valiente, no tiene qué comer, este le contesta:

–Es porque yo (...) sirvo a un amo que me cuida mucho, me da pan sin que se lo pida, me guarda los huesos y restos que sobran de las comidas, y no tengo más obligación que cuidar la casa.

– Gran suerte es ésta – contestó el lobo envidiándole.

– Pues mira –replicó el perro–, si tú quieres puedes disfrutar del mismo destino, viniendo a servir a mi amo y defendiendo la casa de ladrones por la noche”¹⁶.

Una historia muy conocida en el mundo griego es la de Soter, que, junto con cuarenta y nueve otros perros, defendía las explanadas de Corinto durante las fiestas en honor a Afrodita, en mayo de 581 a.C. Estando los habitantes de la ciudad embriagados y en plena celebración, los naupolios, enemigos ancestrales de los corintios, se aprovecharon de la circunstancia organizado un ataque imprevisto por mar. Siendo los perros los únicos defensores de la ciudad, se enfrentan a ellos en una batalla de la cual el único sobreviviente habría sido Soter¹⁷. Este, comprendiendo que la única manera de detener a los enemigos era avisándole a los soldados, corrió a la ciudad para advertir sobre el ataque a los ciudadanos, con lo cual la ciudad de Corinto se salva de una desgracia. En memoria de los cuarenta y nueve defensores que habrían muerto en el enfrentamiento, se levantó un monumento, y Soter (“salvador” en griego), fue honrado, puesto bajo la protección de la ciudad y los habitantes de Corinto le regalaron un collar de plata con la inscripción “A Soter, salvador de Corinto”¹⁸. A partir de estas historias y referencias, podemos advertir un sentido de lealtad colectiva, del perro como un valiente y leal guardián y protector social.

Otra referencia del mundo griego sobre la condición de protección otorgada por los perros la podemos encontrar en una arraigada creencia de que estos animales eran capaces de proteger a los hombres no sólo de los peligros del mundo terrenal, sino que también de los malos espíritus (como veremos más adelante, esta creencia pervive en la cultura romana). Henry Davis en su **Enciclopedia moderna del perro** señala que en la antigua Grecia: “Si alguien sospechaba que se estaba volviendo loco, llevaba un perro con él adondequiera que iba, en la creencia de que dicho perro evitaría que el diablo perturbara su cerebro”¹⁹.

¹⁶ Esopo. **Fábulas de Esopo**, Ediciones Prosa S.A., Santiago de Chile, 1996, p. 18.

¹⁷ Fernández de Vanna, Enrique L. “El perro en Grecia”. En línea URL: <http://perros.mascotia.com/razas/historia-del-perro/el-perro-en-grecia.html> (Consultado el 30-06-2010).

¹⁸ “El perro de guardia y defensa”. En línea URL: <http://www.perrosdeluruguay.com/guardiaydefensa.htm> (Consultado el 30-06-2010).

¹⁹ Davis, Henry. **Enciclopedia moderna del perro**, Libros Dicks, Valencia, 1965, p. 21.

Recordemos que, tal como señalábamos a un comienzo, la participación o utilización de los perros en rituales supersticiosos y/o religiosos era práctica común en esta cultura. El historiador Robert Flacière señala que habitualmente eran utilizados en rituales asociados a la purificación de diversos males que podían acarrear desgracias a los hombres. De esta manera, el sentido de protección adquiere matices más trascendentes y misteriosos que el simple resguardo de una casa, un templo o una ciudad, si bien es muy probable que, a partir de estas funciones reales y cotidianas, es que se construye todo un imaginario religioso-espiritual de la figura del perro.

En este mismo sentido, sin duda que la figura del mundo griego que más nos remite a esta idea de guardia es Cancerbero, perro guardián y guía al otro mundo, que aparece en la mitología griega en distintos episodios y descrito de diversas maneras. Se trata de un perro monstruoso de muchas cabezas que trabaja como guardián de la entrada del Érebo con la tarea de impedir que las sombras de los muertos salgan y que los vivos entren al reino de la muerte. Cancerbero nace de la unión de Equidna con Tifón, y tiene cabezas de león y cola de serpientes. Para algunos como Píndaro (s. V a. C.), tenía cien cabezas, en cambio Hesíodo (s. VII a. C.) en su **Teogonía** lo describe de cincuenta cabezas. Finalmente, ha quedado más comúnmente representado como un monstruo de tres cabezas, a la manera de su patrona, Hécate, diosa de la hechicería y usualmente denominada “reina de los fantasmas”. Giuseppina Sechi, en su **Diccionario de mitología universal** nos refiere las veces en las cuales al interior de la mitología griega, hombres y dioses intentaron enfrentarse a esta bestia guardiana:

“Los pocos que se atrevieron a enfrentarse con él fueron: Orfeo que, descendido al Érebo para liberar a Eurídice, lo durmió con el sonido de su lira; Heracles que, invitado por Euristeo para liberar a Teso y Pirítoo, lo encadenó arrastrándolo al exterior del Infierno (duodécimo trabajo); de la baba del monstruo, esparcida sobre el polvo durante ese traslado, se dice que nació la planta venenosa del anapelo; por último, Eneas que, aconsejado por la Sibila, arrojó en sus tres fauces abiertas una hogaza drogada (Cfr. Virgilio, **Eneida**, VI)”²⁰.

Con la figura del Cancerbero vemos cómo a partir de la cotidiana imagen del perro domesticado que cuida la casa de la entrada, se configura una imagen mitológica que recoge esta representación básica, agregándole elementos de monstruosidad, violencia y misterio que reviste a esta figura guardiana de la vida terrenal y el más allá. Incluso podemos señalar que es tal la presencia en el imaginario de Cancerbero como figura guardiana que, durante la cristiandad, Satán reemplazó a Hades, y Dante escribe en su **Divina Comedia** que el Cancerbero era el guardián del tercer círculo del Infierno. Cabe destacar que en esta figura mitológica la connotación positiva del perro como guardián social o individual adquiere matices que más tienen que ver con un sentido oscuro, tenebroso, propio de una figura que media entre los límites de la vida y la muerte, y del bien y el mal, alejándose de la celebrada figura de Soter, o de los muchos perros custodios de templos y hogares.

²⁰ Sechi Mestica, Giuseppina. **Diccionario de mitología universal**, Ediciones AKAL, Madrid, 1993, p. 55-56.

3. Compañero

La idea del perro como fiel compañero, como “el mejor amigo del hombre”, parece estar profundamente instalada en la imagen que tenemos de este animal. Esta representación se encuentra presente desde el tiempo de la Grecia antigua, incluso desde una época tan lejana como los tiempos de Homero (s. VIII a. C.), y continúa apareciendo reiteradamente en una serie de mitos e historias que sostienen y reactualizan un imaginario que, sin duda, sigue repitiéndose hasta el día de hoy. Se trata de un imaginario perruno que más bien tiene que ver con un sentido de amor y lealtad individual, asociado al estrecho vínculo establecido entre el amo y su “mascota”.

Una de las historias más notables y conmovedoras sobre “lealtad perruna” la encontramos en la figura de Argos, perro de Odiseo que es el único en reconocer a su amo cuando éste vuelve a su hogar, viejo, luego de su enorme travesía y vestido lleno de harapos aparentando ser un mendigo. Este episodio aparece en la **Odisea** al aproximarse el clímax de la historia: el héroe regresa a su hogar disfrazado de mendigo para comprobar la fidelidad de su esposa. Al entrar a su hogar, amigos y criados lo desdennan y no lo reconocen, siendo el único en hacerlo apenas lo ve el perro Argos quien, a pesar de estar descuidado, viejo y lleno de garrapatas, mueve la cola al ver a su amo, muriendo pocos momentos después. En el Libro XVII de la **Odisea** se nos cuenta:

“Así estos conversaban. Y un perro que estaba echado alzó la cabeza y las orejas: era Argos, el can del paciente Odiseo, a quien éste había criado, aunque luego no se aprovechó del mismo porque tuvo que partir a la sagrada Ilión. (...) Allí estaba tendido Argos, todo lleno de garrapatas. Al advertir que Odiseo se aproximaba, le halagó con la cola y dejó caer ambas orejas, mas ya no pudo salir al encuentro de su amo, y éste, cuando lo vio, enjugóse una lágrima que con facilidad logró ocultar a Eumeo [...]”²¹.

Es particularmente interesante que nadie haya reconocido la verdadera identidad de Odiseo, ni siquiera sus criados más cercanos, salvo Argos, quien logra identificar a su amo apenas este se le presenta. Este vínculo inexplicable, capaz de superar incluso percepciones y relaciones en el ámbito de lo humano, instalan desde los poemas homéricos una inolvidable imagen de fidelidad perruna individual. No olvidemos que estos poemas eran memorizados y recitados en distintas instancias de la vida cotidiana en Grecia a lo largo de muchos siglos, siendo incluso material pedagógico fundamental para la educación de los niños en el ámbito de la cultura, las costumbres y la historia.

Hemos rastreado otras referencias que sirven para reafirmar este imaginario perruno. La primera, es la historia de Durides, perro de Lisímaco, rey de Tracia (s. III-II a.C.). Se cuenta que en una batalla, Lisímaco habría muerto en manos de Seleuco I Nikator (el último de los diádocos, nombre con el cual se designaba a los generales que se

²¹ Homero. “Libro XVII, Vuelta de Telémaco a Ítaca”, **Odisea**, trad. Luis Segalá y Estalella, Espasa Calpe, Madrid, 2004, p. 344.

repartieron el imperio tras la muerte de Alejandro Magno), quedando su cuerpo tendido en mitad del campo. Un perro que siempre lo acompañaba, conocido como Hircan-durides, se quedó recostado junto al cuerpo de su amo, emitiendo quejidos lastimeros, y durante las exequias nadie pudo alejarlo de ese lugar. Al levantarse una pira para consumir los restos de Lisímaco, se cuenta que Hircan-durides se dejó quemar vivo antes que abandonar el cuerpo de quien había sido su compañero²².

Otra famosa historia de la mitología griega es la de Mera, perra de Icaro, campesino del Ática al que Dionisio, queriendo recompensarle por la hospitalidad con que le había tratado, le reveló el secreto de la elaboración del vino²³. Apolodoro cuenta que deseoso Icaro de divulgar los poderes del licor, les da de probar a algunos pastores que, embriagados y creyendo que les habían dado veneno, matan a Icaro y lo arrojan a un pozo. Su hija Erígone, con la ayuda de Mera, recupera el cuerpo de su padre, pero desesperada por la tragedia acontecida decide ahorcarse de un árbol, mientras que la perra, igualmente afectada, se tira al pozo en el cual yacía el cuerpo de su amo. Luego de esta trágica escena, se dice que habría devenido una enorme peste que provocó la locura de todas las jóvenes del Ática. El mito cuenta que:

“Consultado el oráculo se supo que Baco vengaba la muerte del que le había enseñado a hacer vino, y se instituyó una fiesta en honor de Icaro y de Erígone, su hija, publicándose después que los dioses los habían colocado en el cielo, donde Icaro formaba la constelación de Bootes, y Erígone el signo Virgo. Se añade que Mera o Moera, nombre de la perra de Icaro, fue colocada también entre los astros, donde forma la constelación de la canícula”²⁴.

Es interesante que esta constelación, llamada también “*Canis maior*”, cuya conformación tiene asociados distintos mitos, tanto egipcios, como griegos, mesopotámicos y chinos, ha involucrado en reiteradas ocasiones la figura del perro²⁵. En Egipto, el simbolismo de “*Canis maior*” y su estrella más brillante, Sirio, tiene un largo desarrollo, siendo ésta la estrella de referencia del calendario zodiaco egipcio, identificada con Anubis, el dios con cabeza de chacal que hacía de guía de los muertos. Luego, los griegos adoptan las tradiciones más antiguas referentes a Sirio pero incorporan la estrella al entramado de su propia mitología, identificando esta constelación con el cazador Orión y su perro. En la mitología estelar de Mesopotamia aparece la imagen de un perro tendido a los pies de un hombre gigante, en posición de querer saltar encima de la liebre Lepus, ubicada a los pies de Orión. En Grecia y en Roma también se asocia esta constelación, como hemos visto, con el mito de Icaro y Mera, pero lo interesante es que también se solía representar al “*Canis maior*” con la forma de Cancerbero. Esta representación mitológica del guardián del reino de los muertos nos recuerda a Sirio (Anubis), ambos asociados tanto a la constelación de la canícula como a la figura de un perro. La historia de Mera también se puede relacionar con estas representaciones,

²² *El museo universal* [Publicaciones periódicas]. Núm. 52, Madrid 29 de diciembre de 1861, Año V, p. 414. En línea URL: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/bameric/01394931979351948422680/203894_006.pdf (Consultado el 30-06-2010).

²³ Sechi Mestica, Giuseppina, op. cit., p. 139.

²⁴ De Paula Mellado, Francisco. *Historia Universal de Historia y de Geografía*. Establecimiento tipográfico de D. Francisco de Paula Mellado, Editor, Madrid, 1847, p.118.

²⁵ “*Canis Major*”, En línea URL: <http://www.mallorcaweb.net/masm/Cma.htm> (Consultado el 30-06-2010).

pues el mito cuenta que la perra es la que guía a Erígone hasta el cuerpo de Icaro cuando éste ha sido asesinado por los campesinos.

Estas coincidencias mitológicas llegan incluso a emparentarse con la cultura china, para quienes Sirio era llamado Tian Liang, el chacal celestial, y las estrellas del “*Canis maior*” representaban el arco y la flecha con el que se habría matado a esta figura, luego de haber sido sorprendido saqueando el cuerpo de un rey chino. J. J. de Groot (1907), en **The Religious System of China**, nos relata que para esta cultura, los cometas y los ruidos de los truenos eran explicados a partir de la creencia de que eran fenómenos que se producían cuando Tian Liang hacía su viaje desde su morada celestial hacia la Tierra²⁶.

Estos vínculos y coincidencias culturales, si bien requieren de un análisis histórico de mayor profundidad, así constatados hacen sospechar de un imaginario mitológico común cuyo contenido de base parece ser un imaginario transversal y permanente en estas culturas, construido sobre la base de la figura del perro como fiel compañero del hombre.

Ya sea como animal impúdico, egoísta, sabio cínico, guardián o compañero, sin duda que la presencia del perro en la cultura griega tiene una profunda significación, que se ve manifestada en las más diversas e incluso contradictorias representaciones que vienen a constituir imaginarios que, en la mayoría de los casos, permanecen activos hasta nuestros días. Es muy significativo que incluso se le haya dado el nombre de “Secta del perro” a un grupo de filósofos que encarnan y revalorizan la liberada desfachatez de estos animales, quienes, a pesar de ser en ocasiones muy mal considerados, son también rescatados y apreciados en su dimensión más noble, que nos remite a la inmemorial idea del perro como mejor amigo del hombre.

Imaginarios perrunos en la antigua Roma

En Roma, los perros desempeñaban papeles similares a los actuales, como cazar, cuidar el ganado, guardar propiedades y acompañar a sus dueños²⁷. Al igual que en Grecia, es un animal plenamente domesticado, presente en una serie de labores que lo hacen partícipe tanto de la vida en las ciudades como en el campo.

Es bastante complejo establecer diferenciaciones tajantes entre los imaginarios perrunos en la antigua Grecia y en la antigua Roma. Al realizar una investigación de documentos, textos literarios y estudios historiográficos nos hemos percatado de la existencia de una especie de “imaginario compartido”, que estaría muy influenciado por la existencia de una base cultural común muy fuerte. Son numerosas las referencias en obras como **Las Metamorfosis** de Ovidio o la **Historia de los animales** de Eliano de un sustrato mitológico común, que si bien tiene una serie de variaciones, establece referentes, imágenes y símbolos que están presentes en ambas culturas.

²⁶ Davis, Henry. op. cit., p. 18.

²⁷ “Historia de la domesticación del perro”. En línea URL: <http://www.aperrados.com/historia-de-la-domesticacion-del-perro/>

La **Historia de los animales** de Claudio Eliano (del s.III d. C.), retórico e historiador romano perteneciente al círculo literario patrocinado por la emperatriz Julia Domna, esposa de Septimio Severo, es una obra que por su particularidad de estar compuesta a partir de una recopilación de impresiones sobre el reino animal, fábulas, narraciones míticas e historias populares, es una fuente especialmente provechosa para realizar un acercamiento a los imaginarios perrunos en Roma.

1. Fidelidad y virtud canina

José María Díaz-Regañón, en su prólogo a la **Historia** de Eliano, advierte que se trata de una obra en la cual aparecen compiladas, de manera poco sistemática, juicios y observaciones tanto propias como ajenas sobre el mundo animal, y que si bien desde el punto de vista científico puede considerarse llena de falencias, desde el punto de vista literario es una obra de gran interés, sobre todo por tratarse de narraciones muchas de ellas extraordinarias y disparatadas, contadas con un estilo dinámico y sugestivo.

A partir de su **Historia**, lo que Eliano pretende mostrar es que los animales son capaces de tener sentimientos elevados, incluso más elevados que los del propio ser humano. Son insistentes los episodios y comentarios que dejan entrever animales dotados de gran generosidad, espíritu de sacrificio, castidad, amor hacia el prójimo, etc. Con respecto a esto, José María Díaz-Regañón nos señala:

“Creemos que lo más valioso de la obra de Eliano es la constancia con que se mantiene a lo largo de la obra la idea de que la Razón universal, principio inmanente del estoicismo que Eliano profesaba, informa todo el cosmos y, por consiguiente, también, la conducta de los animales. Ésta es la idea matriz que da unidad a una obra que, considerada en sus partes aisladas, desconcierta por su desorden, por el cúmulo de ingenuas, paradójicas, estrambóticas y descomunales historietas”²⁸.

Siendo uno de los propósitos principales de Eliano demostrar que los animales pueden llegar a ser modelos de virtud morales para el hombre y que, además, muchas de estas criaturas cumplen mejor el ideal estoico de vivir en conformidad con la naturaleza y con su naturaleza peculiar, el perro, probablemente por el hecho de estar muy presente en la vida cotidiana, o quizás por ser un animal de particular predilección del autor, aparece en un sinnúmero de episodios y narraciones que lo presentan insistentemente como un modelo de virtud.

El afecto y la fidelidad hacia sus amos son valores que agrupan el mayor número de referencias al interior de la **Historia**. Eliano recoge narraciones mitológicas e históricas, siempre cruzadas por apreciaciones y juicios personales, para presentarnos, a lo largo de los dieciocho capítulos que conforman la obra, la imagen del perro como la criatura más fiel y cercana al hombre de todo el reino animal. El capítulo 25 del Libro VI, titulado “El afecto del perro a su amo”, luego de presentarnos el caso de una mujer cuya fidelidad por su esposo era admirada por poetas y mucha gente en los templos,

²⁸ Eliano, Claudio. **Historia de los animales**, Editorial Gredos, Madrid, 1984, p. 26.

atrae una serie de ejemplos de perros cuyo “desmesurado amor” supera con creces la historia de la mujer fiel. Eliano nos narra:

“Los poetas veneran a la hija de Ifis y los teatros rebosan de público cuando ellos celebran a esta heroína, pues sobrepujó a las demás en su casta decisión, teniendo en mayor estima a su esposo que a su propia vida. Mas los animales no van a la zaga en su desmesurado amor. Por ejemplo, el perro de Erígone no sobrevivió a su ama. Tampoco el de Silanio sobrevivió a su amo y, ni por la fuerza ni con carantoñas, pudo ser alejado de su tumba.

Cuando Darío, el último rey de los persas, resultó herido por Beso en la batalla contra Alejandro y yacía muerto, todos abandonaron el cadáver; sólo un perro criado por él permaneció a su lado en prueba de lealtad, sin traicionar al que ya no era su amo, como si continuara vivo. (...)

Y el perro del rey Lisímaco, libremente, quiso participar de su muerte, siéndole posible salvarse”²⁹.

Así como ésta, la obra de Eliano está llena de narraciones que trazan una imagen perruna sostenida por una incuestionable fidelidad individual que está incluso muy por encima del comportamiento humano. Si bien, como mencionábamos en un comienzo, esta relación de contraste propia de sus creencias estoicas funciona en relación a gran parte del reino animal, en el caso particular de los perros es notoria su instalación como modelo ejemplar de virtud moral y modelo a seguir.

2. Fiereza, agresividad y protección

La idea del perro como guardián, en el caso romano, tiene también mucha presencia y, como veremos más adelante, adquiere una especificidad mucho más agresiva y belicosa que la que tuvo en Grecia.

Siguiendo con la **Historia** de Eliano, en el capítulo “Perros sagrados custodios del templo de Ádrano” (cap. 20, Libro XI), se cuenta el episodio de unos perros guardianes de un templo que, no sólo cumplen bien sus tareas de defensa sino que, además, tienen la virtud de saber distinguir entre visitantes y ladrones. Eliano nos cuenta lo siguiente:

“En Sicilia está la ciudad de Ádrano, como dice Ninfodoro, y en ella el templo de Ádrano [...] Hay unos perros sagrados, que son servidores y ministros del dios, los cuales superan en hermosura y en tamaño a los perros Molosos³⁰, y hay por lo menos mil. Estos animales durante el día saludan y acarician a los que penetran en el templo, sean extranjeros o nativos; pero, durante la noche, conducen, a manera de guías y conductores, con mucha amabilidad, a los que ya están borrachos y van dando tumbos por el camino llevando a cada uno hasta su propia casa, mientras que infligen su correspondiente castigo a los borrachos que se extralimitan, porque saltan sobre ellos y les desgarran los vestidos, escarmentándolos hasta tal punto; pero a aquellos que intentan robar los despedazan con toda ferocidad”.

²⁹ Ibid., pp. 274-275.

³⁰ Calificativo que en Roma abarcó a varios tipos de perros que eran empleados para el combate.

En este episodio no sólo podemos apreciar lo que hemos señalado anteriormente sobre la presentación del mundo perruno en tanto criaturas virtuosas, capaces de ser serviciales y amables con los seres humanos, sino que introduce, además, una variante que interesa rastrear en la cultura romana, y que tiene que ver con el cruce entre el perro como animal de compañía y protección y una tendencia a la violencia y agresividad.



Ilustración 1. "Cave Canem" (mosaico). Pompeya, Italia.

En las viviendas romanas, se registra la existencia de mosaicos que señalaban *cave canem* ("cuidado con el perro"), que advertían de la ferocidad del animal que protegía sus hogares³¹ (Ilustración 1). A su vez, se ha conservado una estatua de un perro ladrando en posición de defensa, con la cara extendida hacia el frente y las piernas tensas en posición de ataque (Ilustración 2).



Ilustración 2. Arte Romano. Perro ladrando, Siglo I-II d.C.

³¹ Larousse del perro, Larousse, México, 2005, p. 10.

La idea de protección perruna ocupa un sitio muy particular en la superstición latina. Esta famosa inscripción "*cave canem*", que se solía disponer como mosaico o pintura sobre las puertas o entradas de las casas romanas, se utilizaba no sólo como decoración o advertencia para los posibles ladrones, sino que también para mantener alejado el mal de los hogares. Los romanos, al igual que los chinos, creían que para alejar los malos espíritus, especialmente los de los muertos, había que poner sangre de perro en el umbral de las casas³². Esta idea del perro como protección con respecto a la muerte, que veíamos también presente en la cultura griega, vemos que adquiere ciertos matices supersticiosos en Roma. Esta idea se puede sostener también si observamos un relieve de escultura romana sobre un sarcófago de mármol que ha sido conservado, en el cual aparece un perro en una extraña posición, que podría ser entendida como signo de protección supersticiosa del compañero fiel más allá de la muerte. Ya que, instintivamente, el perro suele ahuyentar personas y animales extraños del lado de sus dueños, es bastante entendible, e incluso inevitable, que muchos pueblos primitivos o culturas ya más desarrolladas como la romana, utilizaran al perro como una especie de emblema u objeto de protección a partir de su sacrificio para espantar diversos males y temores, fueran estos reales o imaginarios.

3. Perros guerreros y de combate

Un aspecto relevante de la labor que adquieren los perros durante este periodo es su adiestramiento para el combate, tanto para la guerra como para la entretención en las arenas romanas, donde se los enfrentaba a leones y toros. Estos eran llamados "*canis pugnacis*"; perros con una fuerte musculatura que, peleando como fieles compañeros de los gladiadores, eran honrados por los mismos méritos que los combatientes³³.

Los circos romanos eran una instancia en la cual el hombre podía dar libre curso a su brutalidad. Si bien usualmente eran utilizados para carreras de carros, ocasionalmente se realizaban ahí cazas de fieras, enfrentamientos entre animales y luchas de gladiadores. Si bien esta práctica se remonta a los tiempos griegos, es en Roma donde se desarrolla con mayor grandeza e intensidad.

Como parte de estas luchas sangrientas, que no tenían otra finalidad que la entretención de los espectadores, animales traídos desde Asia, África y los países "bárbaros" de Europa eran exhibidos y dispuestos a combatir. Como señala Richard Lewinsohn: "Elefantes y rinocerontes, osos y toros, leones, tigres y panteras eran lanzados unos contra otros, o contra gladiadores y prisioneros indefensos"³⁴. El mismo autor nos relata sobre una ocasión en la cual se habría presentado en la arena un espectáculo, en palabras de Lewinsohn, "particularmente desagradable": un combate entre elefantes y perros, que habría sido invento de un tal Lúculo que, junto con su hermano, estaba a cargo de los festivales y los juegos en Roma³⁵.

³² Davis, Henry. op. cit., p. 24.

³³ Fernández de Vanna, Enrique. "El perro en Roma". En línea URL: <http://perros.mascotia.com/razas/historia-del-perro/el-perro-en-roma.html>

³⁴ Lewinsohn, op. cit., p. 118.

³⁵ Lewinsohn, op. cit., p. 119.

Henry Davis, en su **Enciclopedia moderna del perro**, realiza una revisión de la participación histórica del perro en acontecimientos bélicos, insistiendo en que desde que han existido las guerras, los perros han peleado junto a sus amos o participado en ellas realizando trabajos relacionados con operaciones militares.

Los romanos tomaron contacto con perros de guerra en diversos enfrentamientos con enemigos, en los cuales a la vez que experimentan la rudeza de estos animales, aprenden la importancia de adquirir y entrenar un arma de combate como ésta. En la Batalla de Versella, Mario, el cónsul romano, habría tenido que enfrentarse a un ejército de perros comandado por mujeres, sufriendo grandes dificultades para salir victorioso. Luego de estos primeros enfrentamientos, los romanos no se demoraron en crear para sí ejércitos de perros, incorporándolos como letales armas de guerra y haciéndolos parte importante de estrategias militares.

Cuando Julio César se lanzó a la conquista de las Galias en el año 56 a.C. llevó consigo un ejército de perros molosos, los mismos que eran utilizados en los circos romanos, caracterizados por ser animales de gran estructura, orejas cortas y erguidas, piernas de características felinas y fuertes colmillos³⁶. Eliano, en su **Historia de los animales**, hace una particular referencia a esta raza, a la cual describe de la siguiente manera: “El más vehemente de los perros es el moloso, porque también los hombres de Molosia son de espíritu fogoso” (cap. 2, Libro III). Por otra parte, Polieno, abogado macedonio del siglo II d.C., en sus obras de estrategia militar (*Suda* y *Strategemata*), se refiere a estos como “perros soldados”.

Una vez incorporado el perro como animal de guerra, estos comienzan a participar continuamente en conquistas y actividades bélicas. Su participación estaba plenamente direccionada e incorporada en diversas estrategias, cumpliendo funciones “de defensa”, “de ataque” y “de enlace” (esta última consistía en que se hacía ingerir a un perro un tubo de cobre que en su interior contenía un mensaje, y cuando llegaba a destino era eviscerado para recuperar el tubo con la información).

Como hemos visto, la ferocidad y agresividad de estos animales permite hablar de un imaginario perruno belicoso y de defensa asociado al ámbito de la guerra y el combate. En estas actividades estos cánidos muchas veces tenían una importancia medular y, en ocasiones, eran retribuidos con premios y agasajos por su labor. Junto con este régimen predominante de representaciones, como hemos revisado, en la cultura romana podemos distinguir al menos otros dos imaginarios perrunos dominantes que hemos caracterizado en un sentido positivo, por un lado, a partir de su fidelidad y virtud, y por otro, asociado a la guardia y la protección, relacionado con su fiereza y agresividad.

Imaginarios perrunos en el Renacimiento

Durante el Renacimiento, el arte, y particularmente la pintura, constituyen un soporte privilegiado para indagar los imaginarios perrunos presentes en este período.

³⁶ Larousse del perro, Larousse, México, 2005, p. 10.

En el arte occidental, los perros son un motivo visual común. Desde tiempos antiguos figuraban, con distintos propósitos y representados de diversas maneras, en murales, esculturas y obras talladas. Estas representaciones nos han dicho mucho tanto con respecto a la evolución y desarrollo del perro como de su participación en la vida cotidiana y cultural de antiguas civilizaciones. Encontramos su presencia en tapices, en objetos de porcelana china, en alfarería y objetos cuidadosamente confeccionados con bronce, oro y plata, lo cual nos hace pensar en la cercanía de estos animales a lo largo de la historia, que bajo distintas circunstancias han servido al hombre cumpliendo labores de caza, pastoreo o protección de hogares.

A pesar de que su presencia en distintas representaciones es rastreable desde muy antiguo y sostenida a lo largo del tiempo, en el Renacimiento la presencia del perro al interior de diversas obras de artistas de la época es notoria y abundante. Un gran número de obras los incorporan, ya sea como motivos centrales o como figuras secundarias.

Como rasgo distintivo del arte renacentista está el cuidado propósito de bosquejar la vida de un modo diferente a como había sido en la época anterior. Como nos señala Ernst Gombrich en su **Historia del arte**, hacia fines de la Edad Media, el trabajo del artista comienza a suponer una nueva habilidad que tenía que ver con poder realizar estudios del natural y trasladarlos a sus pinturas. Artistas como Pisanello comenzaron a utilizar cuadernos de apuntes en los cuales se preocupaban de anotar apreciaciones y realizar bocetos de plantas, animales, y objetos naturales que fueran suficientemente llamativos y bellos para ser representados. Al ser un rasgo distintivo de la labor de estos artistas realizar observaciones muy precisas de animales, parece inevitable que el perro, como la más domesticada y probablemente más favorecida de las especies al interior de ciertos sectores sociales del Renacimiento, comenzara a formar parte de las obras de estos artistas. Como bien señala Edgar Peters Bowron en su artículo "Renaissance Art. An artist's best friend—the dog in Renaissance painting": "Bosquejar la vida era parte normal de la rutina del artista renacentista, y cuando los artistas comenzaron a observar el mundo alrededor de ellos, ahí estaba el perro"³⁷.

La notoria presencia de perros en el arte del Renacimiento se produce en general como motivos incidentales de fondo: acompañando a sus dueños en retratos, participando de una escena de caza, o en composiciones religiosas, mitológicas o alegóricas³⁸. Revisar la inclusión de estos animales en las representaciones renacentistas supone, como es de esperarse, hacer una revisión de aspectos como los cambios sociales, la vida de corte, los gustos de la aristocracia, la posesión y cría de mascotas, y la importancia de la caza entre las clases altas.

³⁷ Peters Bowron, Edgar. "Renaissance Art. An artist's best friend—the dog in Renaissance painting". La traducción es nuestra. En línea URL: <http://www.thebark.com/content/renaissance-art?page=5> (Consultado el 02-08-2010).

³⁸ Se trata, en su gran mayoría, de representaciones de perros asociados a la elite.

1. Ingreso a la intimidad de la vida cotidiana: presencia perruna y estatus social

En su **Historia de los animales**, Richard Lewinsohn advierte que si bien el perro es el más antiguo amigo del hombre, del cual se ha hablado muy bien a lo largo de todas las épocas (afirmación que consideramos válida de modo parcial), desde la antigüedad y hasta fines de la Edad Media el perro habría mantenido una condición de “proletario” entre los animales. Para sustentar esta afirmación, Lewinsohn atrae el ejemplo de Argos (perro de Odiseo), las luchas en las que los famosos “molosos” se habrían visto involucrados en las arenas romanas, y sus participaciones en la cacería, el pastoreo y como guardián de hogares y granjas. Para el autor, este estatuto habría cambiado hacia fines de la Edad Media cuando el perro comienza a ser “admitido en sociedad”³⁹, comenzando a aparecer muy a menudo en retratos de príncipes y personajes de la aristocracia.

Por su parte, Enrique Fernández de Vanna⁴⁰, afirma que en el Renacimiento es notoria la abundante presencia de representaciones de perros en diversas obras de artistas de la época. Gracias a la caza y a su incorporación como “perros de compañía” en los hogares de las clases altas, este animal va adquiriendo cada vez más popularidad en la sociedad.

Sobre el modo en que eran representados, Lewinsohn menciona un asunto que nos parece particularmente relevante, que tiene que ver con la relación identitaria entre los sujetos retratados y las características de sus mascotas, las cuales, como explica Fernández de Vanna:

“Habitualmente tienen la misma actitud que su amo. Si el príncipe es un rufián como Carlos el Malo, rey de Navarra, el perro roe un hueso. Si el príncipe es un digno soberano, como Felipe el Bueno, duque de Borgoña, el perro está echado, tranquilo y obediente. Los perros principescos son generalmente lebreles, esbeltos y blancos. La moda de los perros pequeños mimados por damas, data del alto Renacimiento italiano”.

Al igual que Richard Lewinsohn, Peters Bowron señala que es a partir del siglo XVI cuando la función de estos perros busca “reflejar el carácter, la fuerza y la nobleza de sus dueños”⁴¹. Esta relación, además, tenía una característica bastante particular: los perros falderos y pequeños eran representados más comúnmente como acompañantes femeninos, y los perros grandes como atributos de masculinidad. Esto último se puede apreciar claramente en los retratos que realiza Lucas Cranach de Enrique el Pío, Duque de Saxony, y su esposa, Catalina de Mecklenburg (Ilustración 3).

³⁹ Lewinsohn, Richard. op. cit., p. 132.

⁴⁰ Fernández de Vanna, Enrique. “El perro y el arte”. En línea URL: <http://www.molososyterriers.com/articulos/181-cultura-canina/860-el-perro-y-el-arte+perro+renacimiento&cd=7&hl=es&ct=clnk&gl=cl> (Consultado el 02-08-2010).

⁴¹ Peters Bowron, Edgar. op. cit.



Ilustración 3. Lucas Cranach. “Retrato de Enrique el Pío, Duque de Sajonia” y “Retrato de Catalina de Mecklenburg, Duquesa de Sajonia” 1514. Óleo sobre madera, Alte Meister Gallerie, Dresden, Alemania.

Especialmente para el caso de retratos femeninos, pequeños perros acomodados a sus pies o sobre cojines descansando, son un motivo recurrente a partir de esta época. Esta tendencia se da no sólo en el arte italiano, sino que en Francia, a partir del siglo XV, se vuelve un motivo habitual incluir un perro en retratos femeninos, como símbolo de virtud y fidelidad. El retrato de Christine de Pisan (Ilustración 4), célebre por ser la primera mujer francesa que pudo vivir de la escritura, expresa muy bien esta tendencia.



Ilustración 4. Christine de Pisan en su escritorio, hacia 1410-1415. Anónimo.

En los hogares florentinos de las clases privilegiadas se había comenzado a “mimar” a los llamados “perros de compañía”, otorgándoles el beneficio de diversos cuidados como, por ejemplo, liberarlos de realizar paseos por las calles, donde sus uñas se podrían gastar. Enrique Fernández de Vanna llega a esta conclusión al analizar un detalle de “Las pruebas de Moisés” de Botticelli, grabado de la Capilla Sixtina (Ilustración 5), en el cual se ve retratado, entre un grupo de fugitivos de Egipto, un niño que lleva en sus brazos a un perrito de pelo corto y ojos saltones, cuyas uñas demasiado largas darían cuenta de esta nueva tendencia en los hogares florentinos de establecer cuidados especiales a sus perros.



Ilustración 5. Sandro Botticelli. “Las pruebas de Moisés”, 1481- 1482. Fresco, Capilla Sixtina (detalle).

Los malteses son sin duda los perros que aparecen con mayor frecuencia en diversas pinturas del Renacimiento. Usualmente son retratados en compañía de damas de clase alta, generalmente en posiciones de comodidad, como por ejemplo, echados sobre almohadas o sillones, instalados en la privacidad del hogar. Se trata de representaciones asociadas a la vida íntima de un sector privilegiado de la sociedad, en la mayoría de los casos femenino, puesto que estos perros de salón o perros de compañía representaban en el imaginario de la época, como hemos mencionado, aspectos como la fidelidad y la templanza, a la vez que daban cuenta del estatus social de los sujetos representados; en este caso, mujeres de clase alta en labores domésticas o descansando en la comodidad de sus hogares (Ilustración 6).



Ilustración 6. Tiziano. "La Venus de Urbino", 1538, Galería Uffizi, Florencia, Italia.

En relación a esto mismo, Fernández de Vanna señala que en otras obras de la época se ven representados "perros libremente ocupados en hacer bulla y piruetas en bailes y recepciones, lo que confirma que desde hacía tiempo eran bien recibidos en los hogares de la época"⁴². Este ingreso del perro a la vida íntima se comienza a producir con particular notoriedad a partir de esta época, configurando un imaginario que tendrá proyecciones que hasta el día de hoy se mantienen: la idea del perro mimado, compañero íntimo de vida, llevado en bolsos y carteras, tal y como lo hacen muchas de las figuras de Hollywood y del mundo del entretenimiento actual. Gastar mucho dinero en sus cuidados y mostrarlos en público es signo de estatus social, y por sobre todo proyección de distintos rasgos de identidad: curiosamente, perros pequeños de razas como poodle, chihuahua, yorkshire y teckel (también llamados "perro salchicha") siguen siendo las mascotas predilectas de figuras femeninas famosas de la alta sociedad, o de quienes aspiran a serlo.

La demanda por retratos individuales de perros comenzó a ser bastante común durante este periodo, sobre todo entre las familias ducales de Mantua, Ferrara y Florencia, particularmente por ser considerados como "objetos" de prestigio y estatus social. Si bien esta práctica no adquiere tanta fuerza como sí sucede a partir del siglo XVIII, es bastante evidente que aquellos que se hacían retratar junto con sus mascotas favoritas no los consideraban como meros elementos decorativos. Hasta el día de hoy, los perros siguen siendo comunes acompañantes en retratos, ya sea figurando como accesorios de moda, y haciendo ostentación de sus peinados o vestiduras, o como una especie de extensión del propio sujeto representado, como si su acompañante perruno fuese un indicador de sus intereses o gustos.

⁴² Fernández de Vanna, Enrique. op. cit.

El fresco titulado “Segismondo Pandolfo Malatesta rezando a San Segismundo” realizado por Piero della Francesca, es un buen ejemplo de una representación en la cual un perro aparece retratado junto a su amo (Ilustración 8).



Ilustración 8. Piero della Francesca. “Segismondo Pandolfo Malatesta rezando a San Segismundo”, 1451. Fresco, Tempio Malatestiano, Rimini, Italia.

En esta obra aparecen dos galgos, raza que si bien estaba destinada principalmente para la caza, eran también mascotas de la corte por considerarse animales de mucho lujo. Si bien la presencia de estos animales al interior de la obra ha sido usualmente interpretada como símbolo de fidelidad (atributo comúnmente asociado a los perros⁴³), nos permiten conjeturar el enorme valor que tenían los perros de caza en el Renacimiento. Peters Bowron insiste en esta idea a partir de una investigación de cartas de príncipes italianos del siglo XV en las cuales éstos expresan profundo interés en conseguir perros finos de caza para obsequiarlos como regalos. El mismo autor señala la enorme consideración que se les tenía a estos perros de caza al interior de las cortes:

“Tales perros comúnmente usaban costosos collares -los collares de perros de los Ferrara eran hechos por el orfebre de la corte- y el inventario de 1468 de las posesiones de Segismundo muestra que era dueño de un número de elaborados collares para perros incrustados con plata”.

2. La representación canina más allá de lo simbólico y accesorio

Es importante señalar que si bien son numerosas las obras que incluyen figuras caninas con un marcado sentido simbólico (como la fidelidad, la erudición, la templanza, etc.) o para representar estatus social, a partir del siglo XVI los perros comienzan a aparecer retratados, cada vez con mayor intensidad, por el simple hecho de ser muy queridos por sus dueños. “Retrato de un hombre con un perro” de Bartolomeo Passarotti (Ilustración 9), famoso por la abundante presencia de perros en sus obras,

⁴³ Entre las obras ejemplares de este motivo podemos mencionar: Jan van Eyck, “Giovanni Arnolfini y su esposa”, 1434, Loyset Liédet, “El jardín del amor”, hacia 1460.

expresa bastante bien este mutuo afecto y especial consideración que en la época se tenía por estos animales.

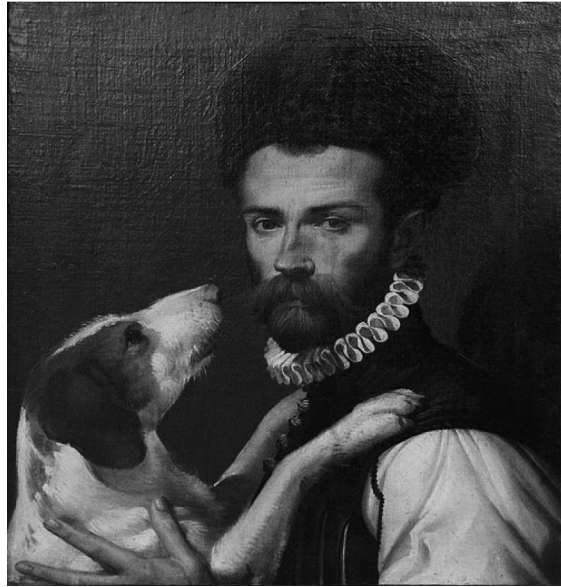


Ilustración 9. Bartolomeo Passerotti. “Retrato de un hombre con un perro”, después de 1585. Óleo sobre tela, Musei Capitolini, Roma, Italia.

Siguiendo las reflexiones de Peters Bowron, es interesante la constatación que realiza respecto de las obras de pintores venecianos como Carpaccio, Tiziano, Bassano y Veronese (s. XVI), en los cuales dice encontrar una imaginería canina muy desarrollada. Carpaccio le habría dado preeminencia a los perros como símbolo de carnalidad o como símbolo de erudición, como aparece en su cuadro en el cual aparece San Agustín en su estudio (Ilustración 10).



Ilustración 10. Vittore Carpaccio. “San Agustín en su estudio”, 1502. Óleo sobre madera, Scuola di San Giorgio degli Schiavoni, Venecia, Italia.

Por su parte, Tiziano incluye con particular precisión y naturalismo un sinnúmero de perros, como podemos apreciar en una de sus obras más famosas, el retrato de Federico II Gonzaga, duque de Mantua, en el cual aparece un perro poniendo la pata sobre su amo, en un gesto de cercanía y familiaridad (Ilustración 11).



Ilustración 11. Tiziano. “Retrato de Federico II Gonzaga”, 1529. Óleo sobre lienzo, Museo del Prado, Madrid, España.

Tiziano se preocupaba de retratar con la misma solidez y realismo a ambas figuras, como bien se puede apreciar en muchas de sus obras en las cuales las figuras perrunas aparecen retratadas con especial cuidado: “Carlos V con su perro” (1533; Museo del Prado, Madrid); “Eleonora Gonzaga della Rovere, Duquesa de Urbino” (c. 1537, Galleria degli Uffizi, Florence); “Capitán con un Cupido y un perro” (c. 1550–1552, Staatliche Kunstsammlungen, Gemäldegalerie, Kassel), entre otras.

Bassano, el tercer pintor veneciano en cuyo trabajo la imaginería canina se da con particular intensidad, se habría dedicado a lo largo de cuarenta años a representar variadas razas de perros en obras de temáticas históricas y religiosas, fundamentalmente. Entre sus numerosos trabajos, llama la atención una obra que, según Peters Bowron, habría marcado “el inicio de una tradición de “retratos” encargados, o al menos algo parecido, de perros reales que reflejan un nuevo interés en el entendimiento psicológico de los animales”⁴⁴. Se trata de un encargo realizado por un patricio veneciano coleccionador de arte que quería tener en su poder una pintura que retratara solamente a sus dos perros de caza (Ilustración 12), lo cual para algunos estudiosos daría cuenta de una representación que deja de lado cualquier significado

⁴⁴ Peters Bowron, Edgar. op. cit.

simbólico, siendo de mayor importancia la representación de estos animales en tanto animales sencillos en un contexto familiar.

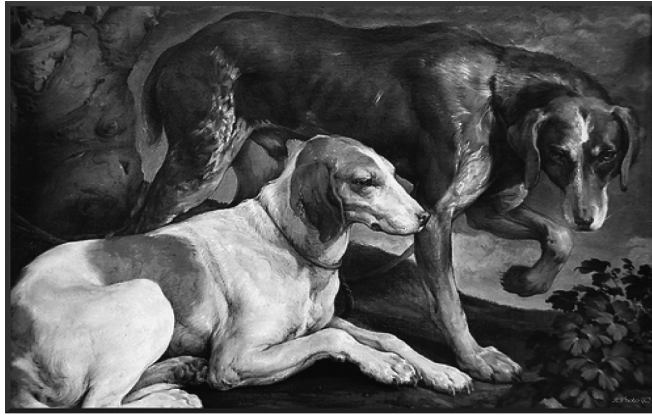


Ilustración 12. Jacopo Bassano. “Dos perros de caza atados a un árbol”, 1548. Óleo sobre tela, Museo de Louvre, París, Francia.

Con respecto a esto último, se puede advertir una variación respecto de la representación de los perros en el arte como meros acompañantes o como símbolos de virtud y fidelidad. Al tomar centralidad, y por sobre todo al ser representados en un contexto de absoluta cotidianeidad, la valoración de éstos adquiere un sentido mucho más profundo en relación a la consideración afectiva que pudiera llegar a existir entre el amo y sus mascotas. Mandar a hacer una pintura por encargo que tuviera como motivo único y central a estos dos animales instala un imaginario perruno distinto en el Renacimiento. La obra en sí se justifica por el sólo hecho de inmortalizar en imagen la existencia de estos dos animales de caza.

Finalmente, “el mayor amante de perros del arte italiano” es Paolo Veronese, quien incluye en decenas de obras diversos tipos de perros, tanto en retratos como en pinturas dedicadas a motivos y temas religiosos, mitológicos y alegóricos. Unas de las obras más famosas de Veronese que contienen perros en su interior son sus dos versiones de “La cena de Emmaus” (Ilustración 13) y “Matrimonio en Cana” para el comedor de San Giorgio Maggiore, Venecia.



Ilustración 13. Veronese. “La cena de Emmaus”, 1560; Musée du Louvre, Paris, and Staatliche Kunstsammlungen, Gemäldegalerie Alte Meister, Dresden.

La cualidad de Veronese habría estado en retratar a estos animales con mucha dedicación y cariño, dándoles una importancia central en muchas de sus composiciones, como por ejemplo en el fresco que realiza en el interior de la Villa Barbaro en Maser, en la cual una de sus habitaciones se ha llamado “La estancia del perro”, porque Veronese habría dispuesto un pequeño perro particularmente llamativo.

Realizar una revisión de todas las obras renacentistas en las cuales hemos encontrado la presencia del perro, ya sea como motivo central o incidental, excede los propósitos de este trabajo. Sin embargo, a partir de lo revisado hemos pretendido dar cuenta de cuán familiares y admirados comienzan a ser los perros durante estos siglos, enfatizando particularmente la importancia que adquieren no sólo en tanto estatus social o como medio para plasmar simbólicamente algún motivo al interior de las obras, sino que además, hemos querido poner particular énfasis en la preeminencia que adquieren en tanto animales a los cuales se les profesa un profundo afecto, comenzando a consolidarse, a partir de este momento, su ingreso al interior de la vida privada de hogares y cortes, accediendo a un tipo de resguardo y consideración que no tenía antecedentes.

Imaginarios perrunos en el Descubrimiento y Conquista de América

La figura del perro en el proceso de Descubrimiento y Conquista de América aparece documentado en diversas fuentes. Desde el segundo viaje de Colón, los canes peninsulares fueron introducidos en el continente como acompañantes de sus amos. Estos animales aparecen comúnmente denominados como “alanos”, los cuales, como ocurrió con los “molosos” (calificativo que en Roma abarcó a varios tipos de perros que eran empleados para el combate), era el nombre común para referirse de manera extensiva a los perros utilizados para el ataque a los indígenas.

A diferencia de estas especies, particularmente robustos y fieros, los perros que habitaban el continente antes de la llegada de los españoles fueron descritos por diversos cronistas, entre ellos, Gonzalo Fernández de Oviedo, como *animalillos* incapaces de ladrar y que sólo emitían leves gruñidos.

1. El perro americano

El perro “nativo” americano tuvo una gran interacción y versatilidad de funciones al interior de las sociedades prehispánicas. Es descrito como un animal de tamaño pequeño, más bien doméstico y que en ocasiones era criado en manadas y dispuesto para la alimentación humana.

En las tradiciones religiosas de algunos pueblos americanos su presencia adquiere un rol preponderante. Se han conservado representaciones tales como esculturas metálicas y cerámicas utilizadas para estos fines e incluso se ha constatado su participación en sacrificios rituales a determinados dioses; los aztecas, por ejemplo, tenían la creencia que los perros acompañaban las almas de los muertos en el mundo subterráneo.

Existe una extensa discusión paleontológica sobre la existencia real de estos animales en el continente americano en el momento de la llegada de los españoles⁴⁵. En los mismos documentos de cronistas, conquistadores e historiadores, si bien son numerosas las referencias a los “perrillos” de Indias, nos encontramos con testimonios ambiguos y contradictorios. Con respecto a esto, Carlos Contreras señala que estas inconsistencias incluso se dan dentro de la misma “área de conquista y bajo la misma firma”⁴⁶. López de Gómara en su **Historia General de Indias** afirma: “No había caballos, ni bueyes, mulos, asnos, cabras, ovejas y perros, por cuya causa no había rabia allí ni en todas las Indias”⁴⁷. Sin embargo, son mucho más abundantes las descripciones de éstos como lo constatamos con la referencia de Oviedo. Es más, el mismo Gómara en la **Historia General**, afirma su existencia describiéndolos del siguiente modo: “Gozquejos de muchos colores, que ni aullaban ni ladraban, cazaban con ellos y cuando estaban gordos se los comían”⁴⁸.

Nombrados intermitentemente como *animalillos*, *gozquejos*⁴⁹, *perrillos*, “*izcuintepozotli*” (en el caso de las crónicas de la Nueva España), en este primer momento de observación y constatación de esta nueva realidad, los perros indianos aparecen descritos de manera bastante inconsistente, en el sentido de ser referidos con distintos nombres y

⁴⁵ Con respecto a esta controversia, se ha impuesto la hipótesis de que efectivamente existían perros en América a partir del hallazgo de restos que datan desde hace diez mil trescientos años. Ver: Contreras, Carlos. “El perro en la conquista de las Indias”, en: **El mundo del perro**, 1983, Tomo IV, N°43, octubre y n° 44, noviembre.

⁴⁶ Contreras, Carlos. op.cit., p. 3.

⁴⁷ López de Gómara, Francisco. **Historia General de las Indias**, Editorial Iberia, Barcelona, 1965.

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Gozque: “perro pequeño”.

descritos de diversas maneras⁵⁰.

Visto de otro modo, esta manera de nombrarlos puede tener que ver también con los efectos ideológicos propios de un sujeto europeo que ve en estos animales una condición degradada o de menor valor respecto del modelo. Es decir, para estos sujetos, en términos de imaginarios, los perros *son* de tales y tales características, frente a lo cual, las “bestiezuelas” con las que se topan no pueden ser sino formas imperfectas de la naturaleza.

Una vez revisados estos asuntos, es necesario poner atención en el modo en que estos animales aparecen representados al interior de los discursos para intentar rastrear la experiencia de contacto que tuvieron tanto indígenas como españoles, los primeros frente a las fieras europeas, y los segundos respecto de estos pequeños “animalillos”.

En su **Diario del primer viaje**, primer registro que tenemos de la existencia de estos animales en territorio americano visto desde los ojos de un sujeto europeo, Colón los describe de la misma manera en que luego lo harán sujetos como Oviedo o Gómara: “Bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban”⁵¹.

En una descripción que realiza Oviedo en su **Historia general y natural de las Indias** encontramos una referencia que afirma aún más esta visión de extrema mansedumbre y casi radical mudez de los perros “indianos”. El autor nos señala: “Eran todos estos perros, aquí en esta e las otras islas, mudos, e aunque los apaleasen ni los matasen, no sabían ladrar; algunos gañen o gimen bajo cuando les hacen mal”⁵². A partir de estas descripciones, podemos reconstruir un imaginario del perro americano a partir de la mirada del sujeto europeo, establecido en términos de profunda debilidad y sometimiento. Al ser estos animales tan opuestos a lo que estos sujetos consideraban como “perros” propiamente tal, se desestabiliza y pone en cuestión inmediatamente la nominación de estas “bestiezuelas”, como hemos señalado más arriba. Esto último se explicaría porque el imaginario del perro que traían los conquistadores estaba muy determinado por rasgos que más tienen que ver con la agresividad y protección, categoría de aprehensión de realidad que en el caso de los frágiles y silenciosos perros americanos entra en tensión. Los del continente americano, además, no estaban destinados a funciones bélicas ni participaban de grandes combates o peleas de

⁵⁰ En este punto, un asunto que no quisiéramos dejar de mencionar es una tensión que está muy presente en la experiencia del Descubrimiento y Conquista, que tiene que ver con la imposibilidad de nombrar esta realidad tan otra que se le presenta al sujeto europeo. Desde esta perspectiva de limitación lingüística y epistemológica, estas contradicciones y ambigüedades discursivas pueden ser vistas como testimonio propio de la experiencia de un sujeto que se ve enfrentado a una realidad que, si bien se le aparece como relativamente familiar, inmediatamente se expresa a partir de titubeos o adversaciones tales como “son perros, *sin embargo*, no ladran, son de muy baja estatura, etc”. Testimonios de esto abundan en una enorme cantidad de documentos de la época; llamas nombradas como ovejas, jaguares como leones más pequeños, y el famoso “encarpetado” en Oviedo (para referirse al armadillo), son claros ejemplos de esto. Un caso paradigmático en esta experiencia es, sin duda, Gonzalo Fernández de Oviedo, quien, en su intento por describir esta nueva realidad, se ve enfrentado a una crisis epistemológica que tiene que ver, más allá de la imposibilidad de nombrar la geografía, la realidad social y natural de las Indias, con la caída de todo un sistema de conocimiento que, a pesar de estar avalado por la tradición, de un momento a otro deja de ser operante para una realidad como la americana.

⁵¹ Colón, Cristóbal. “Diario del primer viaje”, **Textos y documentos completos**, edición de Consuelo Varela, Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 124.

⁵² Oviedo, op.cit., parte I, lib. XII.

entretenimiento, sino que más bien estaban destinados a un ámbito cotidiano, y en ocasiones participaban de ceremonias y sacrificios religiosos.

2. El perro europeo

Esta confrontación entre mudez y ladrido, entre domesticidad y ferocidad combativa, puede observarse como una imagen que en gran medida captura parte de lo que fue la experiencia de enfrentamiento de “mundos” producida a partir de 1492. Al “silencio americano” se le impone con violencia y desmesura la arrasadora presencia del conquistador y todo su aparataje bélico del cual, una de sus armas más efectivas, e impactantes para el imaginario indígena fue, precisamente, el perro traído desde las tierras del llamado “viejo mundo”⁵³. Un testimonio significativo respecto de esto es la descripción que aparece en el **Códice Florentino**, donde se puede apreciar el horror que provocaron estos animales en la sensibilidad indígena. En el Libro XII se nos cuenta:

“Pues sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo... Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando”⁵⁴.

La descripción ofrecida por los informantes de Sahagún sorprende por las imágenes casi infernales o monstruosas con las que presenta a estos animales. Más adelante revisaremos en qué consistían, específicamente, las labores bélicas y represivas realizadas por los perros en la conquista. Por ahora, quisiera insistir en este momento de encuentro, en el choque de imaginarios producido a partir de la experiencia de un animal *nunca antes visto*. Con respecto a esto, Carlos Contreras, en su artículo “El Perro en la Conquista de las Indias”⁵⁵, nos señala lo siguiente:

“En ninguna región descubierta de las Indias occidentales eran conocidos animales de tanto porte, arrojo y furor como los perros de los conquistadores españoles. Entre los indios la presencia de los perros de las tropas invasoras causaban estupor. (...) Igual que eran destacados y muy temidos algunos soldados españoles, ciertos perros causaban verdaderos estragos entre las filas indias”⁵⁶.

Como vemos, a partir del testimonio “de los vencidos” se configura un imaginario perruno caracterizado por un profundo desconcierto y terror; el perro, lejos de ser el

⁵³ Sobre este punto, es necesario realizar, brevemente, una apreciación que resulta pertinente. Esta imagen “condensada” de la experiencia de choque de mundos que se alcanza a identificar a partir de la oposición mudez/ladrido, domesticidad/ferocidad, para nada tiene que ver con una visión de la realidad americana como una especie de *tabula rasa* (cultural, identitaria, social, etc.) sobre la cual se impone sin resistencia el dominio español. Se introduce esta contraposición por el hecho de constituirse en una imagen que, en términos casi poéticos, logra graficar sintéticamente lo que fue esta experiencia, y a partir de la cual se alcanza a dimensionar la violencia de la imposición europea durante el proceso de Descubrimiento y Conquista.

⁵⁴ Informantes de Sahagún. **Códice Florentino**, Lib. XII, caps. III y IV, en: Fray Bernardino de Sahagún y los informantes aztecas. **Historia general de las cosas de Nueva España**, Tusquets, Barcelona, 1985.

⁵⁵ Contreras, Carlos. op.cit.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 7.

“bueno compañero”, “el mejor amigo del hombre”, pasa a ser una especie de bestia infernal, una verdadera máquina de guerra capaz de ejecutar con la mayor crueldad, actos de masacre y persecución.

Perros “soldados” en la Conquista de América

En un principio, los primeros conquistadores tomaron la precaución de hacerse acompañar en la travesía de perros de caza mayor, asegurándose con esto una forma relativamente segura para obtener sustento durante sus expediciones. Fue durante el transcurso de los acontecimientos que el perro se constituyó en un instrumento de enorme utilidad y versatilidad para la empresa conquistadora. Participó como cazador, alimento en caso de extremas penurias, guardián de propiedades, activos “soldados” de combate y bestiales verdugos ejecutores de sentencias y castigos contra los indígenas.

Junto con el caballo, los perros fueron aliados fundamentales para llevar a cabo la empresa conquistadora. Su presencia está atestiguada, no sólo en las crónicas, cartas e historias, sino que aparecen en gran parte de la iconografía de la conquista, donde el conquistador se muestra comúnmente acompañado por ellos.

Frente al perro “indiano”, los perros traídos desde Europa eran verdaderas armas de guerra, que sorprendían por su tamaño, ferocidad y “efectividad” en el ataque. Con respecto a esto, Ricardo Piqueras nos señala que los perros peninsulares: “cumplirán ante todo funciones de carácter marcadamente militar y logísticas, participando activamente en todas aquellas acciones donde su uso fue posible y aconsejable desde el punto de vista táctico”⁵⁷.

En la conquista de México, el ejército de Hernán Cortés estaba conformado por numerosos perros de combate, ubicados junto a la línea de infantería. El **Código Florentino** registra la presencia de estos animales al interior de los hombres de Cortés en su avance hacia Tenochtitlán:

“primero cuatro jinetes, mirando a todas partes, observando entre las casas. También los perros iban con las narices contra el suelo, siguiendo las huellas y jadeando. Apartado caminaba el portador de la bandera, agitándola en círculos. Y atrás suyo iban hombres armados, luego más jinetes, ballesteros, arcabuceros”⁵⁸.

En función de las necesidades del conquistador, y de las circunstancias adversas en su avance e instalación en territorio americano (que usualmente tenía que ver con la existencia de un medio físico desconocido y hostil, y con el hecho de ser en la mayoría de los casos mucho menos numerosos que la presencia indígena), los perros ejercieron tres funciones militares fundamentales: prevención defensiva, agresión bélica de vanguardia y represión⁵⁹.

⁵⁷ Piqueras, Ricardo. “Los perros de la guerra o el canibalismo canino en la conquista”. En línea URL: <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/viewFile/99430/160118> (Consultado el 13-06-2010).

⁵⁸ Informantes de Sahagún, **Código Florentino**, op. cit.

⁵⁹ En esta distinción, sigo las reflexiones aportadas por Ricardo Piqueras en su artículo citado más arriba. Quisiera señalar, además, que si bien la participación de los perros en hechos bélicos alcanza una enorme preponderancia en el proceso de Descubrimiento y Conquista de América, desde la Antigua Roma ya se tenía noticia de la importancia de la participación de estos animales en este tipo de actividades, como hemos revisado en el capítulo correspondiente.

La prevención defensiva fue una labor fundamental, particularmente en campamentos y primeros asentamientos coloniales. Dispuestos como verdaderos centinelas, eran capaces de avisar ataques sorpresa y alertar ante emboscadas en terrenos dificultosos para el avance español. Con respecto a su labor agresiva, como hemos visto, los perros fueron muy utilizados en enfrentamientos bélicos a lo largo de todo el proceso conquistador. Sus posiciones, al interior de las huestes, usualmente eran en la vanguardia (aprovechándolos como fuerza de choque, tanto por su fiereza como por el enorme pavor que provocaban en los indígenas), así como también en la retaguardia, dedicados a labores como protección del ganado y de las personas enfermas o heridas. En su **“Relación del viaje a Cuba y Jamaica”**, el mismo Colón los utilizó como armas de guerra en sus campañas represivas de 1494 y 1495. Esta práctica será un asunto recurrente en un sinnúmero de expediciones conquistadoras a lo largo de todo el continente, lo cual viene a reafirmar la enorme importancia que tuvieron estos animales en la conquista⁶⁰.

“Aperreamiento” de indios

Los conquistadores muy tempranamente pusieron en práctica técnicas medievales denominadas “aperreamiento” o “emperramiento”, técnica descrita desde tiempos visigodos que habían sido realizadas durante la reconquista española frente a los moros en el territorio peninsular. Previamente a la llegada al continente americano, este suplicio fue practicado en territorio canario, lugar de detención bastante común antes de emprender el cruce por el Atlántico.

Para hacernos una idea sobre en qué consistía, la descripción que nos presenta Gonzalo Fernández de Oviedo es bastante clara: “Ha de entender el lector que aperrear es hacer que perros le comiesen o matasen, despedazando el indio”⁶¹.

La represión hacia el indígena, realizada de este modo, aparece documentada en un amplio corpus de documentos de la época. No se trata de esporádicos o casuales ataques, sino que fue una práctica consistentemente puesta en funcionamiento, que tenía por objetivo la utilización del terror psicológico, la tortura y, en muchas ocasiones, la aplicación de brutales penas de muerte. Fray Bartolomé de las Casas, en su labor de denuncia de los hechos de la conquista española, narra numerosos episodios en los cuales comunidades enteras de indígenas eran masacradas brutalmente por medio del ataque de violentas jaurías de perros, los cuales eran entrenados especialmente para cumplir con estas funciones.

Este tipo de represión era particularmente utilizada para intentar acabar con prácticas, desde la perspectiva del sujeto europeo-católico, consideradas como pecaminosas y salvajes: sodomía, ritos paganos, fiestas, etc. Bernabé Cobo, en su **Historia del Nuevo Mundo**, nos relata un episodio en el cual, Balboa, al encontrar un enorme grupo de hombres realizando actos sodomitas, decide mandarlos a aperrear y luego quemar

⁶⁰ Ricardo Piqueras enumera algunos de los territorios en los cuales se tiene noticia de la participación de perros en campañas conquistadoras. Ver: Piqueras, Ricardo, op. cit., p. 191.

⁶¹ Oviedo, op. cit., I parte, Lib. XVII, cap. XXIII.

para hacer desaparecer un acto tan pecaminoso como este:

“La casa de este encontró Vasco llena de nefanda voluptuosidad: halló al hermano del cacique en traje de mujer, y a otros muchos acicalados y, según testimonio de los vecinos, dispuestos a usos licenciosos. Entonces mandó echarles los perros, que destrozaron a unos cuarenta”⁶².

Francisco López de Gómara en **La Conquista de México** narra la ejecución de un indígena, señor de grandes tierras, mandada por Balboa por negarse a colaborar con él:

“Él confesó el pecado, mas dijo que ya habían muerto los criados de su padre que traían el oro de la sierra, y que él no se preocupaba de ellos ni lo necesitaba. Lo echaron con esto a los alanos, que rápidamente lo despedazaron, y juntamente con él los otros tres y después los quemaron”⁶³.

Del mismo tono, hay una serie de referencias a este tipo de prácticas en las cuales cientos de indígenas eran masacrados por ser considerados desleales o traicioneros en sus alianzas, en el caso de las mujeres por ofrecer resistencia a los deseos sexuales de algún español, o incluso por el puro hecho de buscar entretenimiento. Es necesario destacar que esta práctica era un modo bastante “práctico” para las tropas conquistadoras porque, a la vez que lograban dominar los cuerpos y mentes indígenas, solucionaban el problema de la alimentación de los canes, estimulando, al mismo tiempo, su ferocidad.

Se ha registrado, además, el consumo de cadáveres indígenas como alimento, para lo cual no era necesario el aperreamiento, así como también el asesinato de indios con el propósito exclusivo de conseguir alimento fácil y económico. La brutalidad de esta última práctica deja de manifiesto, una vez más, las dimensiones del egoísmo y violencia con las cuales el conquistador europeo se impone sobre esta realidad. Una crueldad sin límites, que podemos constatar a partir del testimonio que recoge Ricardo Piqueras y que cita de este modo: “yendo ciertos cristianos, vieron una india que tenía un niño en los brazos, que criaba, e porque un perro aquellos llevaban consigo había hambre, tomaron el niño vivo de los brazos de la madre, echáronlo al perro, e así lo despedazó en presencia de su madre”⁶⁴.

El perro versus el caballo

Mario Rodríguez establece un paralelo con respecto al imaginario del perro y el imaginario del caballo durante el proceso de conquista. A partir de una cita de la **Historia** de Gonzalo Fernández de Oviedo, en la cual se narra el conocido episodio en el que una india es engañada por el capitán Diego de Salazar, quien le pasa una carta para que lleve al gobernador mandando inmediatamente a su perro para darle

⁶² Cobo, Bernabé. **Historia del Nuevo Mundo**, Lib. II, cap. IX, Obras del P. Bernabé Cono, Atlas, Madrid, 1972, p.388.

⁶³ López de Gómara, Francisco. **La Conquista de México**. Editorial Iberia, Barcelona, 1965. Citado por: Carlos Contreras, op.cit. p. 10.

⁶⁴ Informe de dominicos a M. Chièves, ministro de Carlos I (1516), en *CDIA*, T. VII, Madrid, 1867, pp. 397-430. Citado en: Piqueras, Ricardo. op.cit., p. 197.

muerte, Rodríguez problematiza la representación del perro como bestia salvaje, causa de pavor y desconcierto entre los indígenas. “El caballo cautiva la imaginación del indio, el perro de presa la aterroriza”⁶⁵. Habría una doble naturaleza que se conjugaría al interior del perro utilizado en América; por un lado se trata de una bestia salvaje, pero por otro, sigue una estrategia militar adquirida en su entrenamiento, lo cual le adjudicaría una naturaleza “racional”. Sería esta conjunción inexplicable de naturalezas, lo que causaría tanto desconcierto y terror entre los indígenas.

En los relatos, los caballos han sido siempre asociados a una concepción de la conquista en tanto hazaña ilustre (“hecho notable”, “empresa nunca vista”), en la cual la figura de este animal atraería simbólicamente representaciones de prestigiosos relatos de expansión y conquista, tanto de la antigüedad clásica como de las empresas caballerescas. “Las batallas se transforman en cruzadas, los capitanes en redivivos Césares o en nuevos Amadises y Palmerines”⁶⁶. Por el contrario, el perro de presa ocupa un lugar contrapuesto; la milicia, en tanto espacio ética o semánticamente inferior, participando de hechos hazañosos sólo excepcionalmente, a diferencia del caballo, que participa en ellos casi siempre. Como hemos visto, el perro era utilizado muy comúnmente contra el indio, ya sea a modo de castigos por desobediencia, por cometer actos “pecaminosos”, o simplemente como brutal entretenimiento contra el tedio de los conquistadores.

En el texto de Oviedo, los cristianos, por diversión y crueldad le echan el perro a la india vieja. Sin embargo, ésta, al verse atacada se sienta en el suelo en signo de sumisión y le ruega al animal -como si de su señor se tratase- que no le haga daño. Diego de Salazar, admirado por la actitud del perro que le perdona la vida, no sin antes orinar encima de ella, y no queriendo “ser menos que el perro”, la perdona y la deja libre. Como primer elemento, Mario Rodríguez advierte en este episodio una inversión de los relatos primitivos del martirio, en los cuales para diversión de los romanos, los cristianos eran arrojados a las fieras. Pero lo que interesa más particularmente es de qué manera este episodio nos habla del terror que producía este animal entre los habitantes de “Nuevo Mundo”.

Era costumbre del indígena esclavizado o dominado sentarse en el suelo para hablar con su señor, dando con esto señal de su inferioridad y sumisión. Al someterse a la figura del animal esto supone, por un lado, la reafirmación de la condición de “no-humanos” a las que eran sometidos los indígenas, y por otro, el poder que adquieren los perros en este contexto. Según Mario Rodríguez, “los perros apresaban, mutilaban o mataban a su antojo. Si el caballo era siempre mandado, dominado por su jinete, el perro se mandaba solo, era libre de matar o perdonar, como un señor”⁶⁷.

De este modo, en el relato Rodríguez advierte una segunda inversión, que tiene que

⁶⁵ Rodríguez, Mario. “Del perro, del caballo y de la escritura”, *Acta Literaria* N°17, 1992, Departamento de Español, Facultad de Educación, Humanidades y Arte, Universidad de Concepción, Chile, p. 60.

⁶⁶ Rodríguez, Mario op. cit., p. 60.

⁶⁷ Rodríguez, Mario. op.cit., p. 61.

ver en este caso con el rol y significación del perro en Europa, y que configuraría un imaginario perruno particular y diferenciado, en tanto este animal adquiriría cierta categoría de autonomía mayor, configurada tanto por su ferocidad como por las particularidades de su rol en el proceso de conquista.

“En el viejo mundo las mitologías y las creencias populares consideran al perro emblema de la fidelidad, mientras que en el simbolismo cristiano es atributo de pastor y guía de rebaño, llegando incluso a ser alegoría del sacerdote. En estas ‘Indias equivocadas y manditas’ (...), el perro se transforma en un cazador perverso; pasando, simbólicamente de sacerdote a verdugo, de guardián del rebaño a lobo sangriento”⁶⁸.

Recompensa y valoración

Un hecho que llama particularmente la atención respecto de la gran consideración y alto grado de autonomía que tenían los perros en este momento, es que se guarda noticia de tres perros famosos por cuyas acciones militares eran premiados y agasajados, incluso más que cualquier otro miembro de las huestes. A partir de la revisión de sus biografías podremos constatar, una vez más, la importancia de su participación en los hechos de conquista, así como también dar cuenta de la brutal distancia que separa a estos perros considerados como hombres, de los indígenas tratados como verdaderos animales.

Becerrillo es el nombre del primero de ellos, probablemente criollo nacido en La Española, mencionado en crónicas e historias por su participación en la isla de San Juan. Oviedo lo describe de la siguiente manera: “de color bermejo, y el bozo, de los ojos adelante, negro; mediano y no alindado; pero de grande entendimiento y denuedo”.⁶⁹

“Entendimiento” muchas veces negado como característica de los sujetos indígenas, en el caso de Becerrillo le habría merecido ganar un sueldo equivalente a un balletero, que era recibido por su amo en signo de reconocimiento. Gómara también se refiere a este animal, llamando la atención por su ferocidad y particular inteligencia:

“También tenían grandísimo miedo a un perro llamado Becerrillo, bermejo, bocinegro y medio; el cual peleaba contra los indios animosa y discretamente, conocía a los amigos, y no les hacía mal aunque le tocasen. Conocía cuál era Caribe y cuál no; se traía al huído aunque estuviese en medio del real de los enemigos, o le despedazaba: en diciéndole ‘ido es’, o ‘búscalo’, no paraba hasta traer por fuerza al indio que se iba”⁷⁰.

⁶⁸ Rodríguez, Mario. op. cit., p. 61. Con respecto a la imagen del perro en la tradición cristiana, quisiera hacer algunas apreciaciones que Mario Rodríguez no toma en cuenta y que me parecen fundamentales. Al interior de la Biblia abundan referencias degradantes y negativas relativas a este animal. Es particularmente ejemplar de esto el castigo que se le impone a Jezabel por haber practicado e impuesto una idolatría contraria a las veneraciones a Jehová: I Reyes, 21:19: “En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Naboth, ellos lamerán tu sangre, aun la tuya”; 21:23: “Los perros comerán a Jezabel junto a las murallas de Jezrael”; y, II Reyes, 9:35: “No encontraron de ella más que su cráneo, sus pies y las palmas de sus manos”. La maldición que cae sobre la casa de Jeroboam, el primer rey del Reino del norte de Israel, es del mismo tono: I Reyes, 14:11: “Aquel que padezca la pasión de Jeroboam en la ciudad, será comido por los perros. A su vez, las alusiones respecto de los perros son por lo general desdeñosas: I Sam., 17:43: “¿Soy yo un perro para que vengas a mí con palos?”, le pregunta Goliat a David. Luego, un poco más adelante, David le pregunta a Saúl: “¿Después de quién viene el rey de Israel? (...) Después de un perro muerto, de una pulga”.

⁶⁹ Oviedo. op. cit., parte I, Lib. XVI, cap. XI.

⁷⁰ López de Gómara, Francisco. **La Conquista de México**. Editorial Iberia, Barcelona, 1965. Citado por: Carlos Contreras, op. cit., p. 8.

Leoncico, hijo de Becerrillo, perro criollo de Santo Domingo, fue igualmente reconocido entre la milicia española, participando de las expediciones por tierra firme comandadas por Vasco Núñez de Balboa. Al igual que su padre, ganaba un sueldo en oro y esclavos:

“Repartió Balboa el oro entre sus compañeros, después de apartada la quinta parte para el Rey, y como era mucho, alcanzó a todo, aún más de quinientos castellanos a Leoncillo, perro, hijo de Becerrillo el del Boriquén, que ganaba más que un arcabucero para su amo Balboa; pero bien lo merecía, según peleaba con los indios”⁷¹.

Un tercer perro famoso registrado en crónicas e historias de conquista es el lebel de Hernando de Soto, Bruto, quien habría participado de las expediciones por la Florida, demostrando ser particularmente agresivo y “eficaz” en el ataque indígena. El Inca Garcilaso lo describe como una “pieza rarísima y muy necesaria para la conquista”⁷².

Más allá de dar cuenta de la importancia de estos animales en términos militares, lo central aquí es constatar de qué manera se produce un doble movimiento ideológico de valoración: los perros son elevados a la categoría de humanos al mismo tiempo que a los indígenas se los degrada a una condición de extrema animalidad. El parámetro esgrimido por las conciencias de estos sujetos españoles es, probablemente, de una complejidad mayor en la que se conjuntan una serie de elementos tales como una aversión católica frente a sujetos que no se reconocen por la misma creencia ni por la misma moral; codicia y necesidad de hacer de estos mercancía y mano de obra; la imposibilidad de reconocer en la diferencia del otro indígena un *otro igualmente válido* cultural y socialmente, etc. Desplazados fuera del paradigma de civilidad y humanidad encarnado por el sujeto europeo, los pueblos indígenas caen apresados por el dominio de conquistadores y por las fauces de unos animales que ejercen, y representan ante ellos, un poder y un estatuto mayor, ganado, fundamentalmente, debido a que las condiciones del “Nuevo Mundo” hacían necesaria su participación para un conquistador inmerso en el miedo cotidiano de una realidad desconocida, muchas veces hostil y amenazante.

De pasar a ser fieles acompañantes durante los primeros viajes, alimento en caso de penurias, cazador, protector, guerrero y verdugo, hacia fines del siglo XVI, una vez que los principales enfrentamientos bélicos llegan a su fin, el protagonismo de los perros de conquista comienza a aminorar. Comienza la “desmovilización” y un repentino proceso de reacomodo. Dejan de ser piezas fundamentales para el asentamiento español, convirtiéndose, en cambio, en un problema. Algunos, ocupados en tareas como la caza, la guardia y el pastoreo, la mayoría, sin embargo, serán abandonados a su suerte, conformando jaurías y convirtiéndose en una amenaza para aquellos que, muy poco antes, habían sido sus amos y compañeros.

⁷¹ Ibid.

⁷² Garcilaso de la Vega, **La Florida del Inca**, Lib. II, cap. XVII, Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 1956.

Algunas consideraciones finales

Con respecto a los imaginarios perrunos que hemos logrado rastrear en la presente investigación, hemos recurrido a una serie de registros, textos y documentos que configuran complejas redes de representaciones a partir de las cuales hemos pretendido realizar una revisión de lo que consideramos los aspectos más relevantes para el caso de cada período de la cultura occidental aquí trabajado.

En la Grecia Antigua, se han destacado tres regímenes de representaciones dominantes: el perro como animal impúdico (a partir del cual se configuran dos imaginarios, uno dominante, asociado a una serie de valoraciones negativas, y otro emergente, a partir de la revalorización del perro como modelo de vida a partir de los filósofos cínicos); el perro como guardián; y el perro como fiel compañero.

Para el caso de Roma, se han podido establecer al menos tres regímenes de representaciones dominantes. El primero, de carácter positivo, tiene que ver con los rasgos de fidelidad y virtud de estos animales, particularmente en un sentido de cercanía y afecto individual. El segundo, asociado a la fiera y agresividad, constituye un imaginario del perro en tanto guardia y protección en un sentido más bien social y comunitario. Finalmente, examinamos un tercer imaginario perruno, belicoso y de defensa, asociado al ámbito de la guerra y el combate.

En el capítulo referido al Renacimiento, considerando la pintura de ese período como soporte privilegiado para indagar en los imaginarios, hemos podido constatar que a partir de este periodo los perros adquieren importancia no sólo en tanto estatus social o como medio para plasmar simbólicamente algún motivo al interior de las obras, sino que, además, alcanzan una notoria preeminencia en tanto animales de compañía, comenzando a consolidar, a partir de este momento, su ingreso al interior de la vida privada de hogares y cortes, accediendo a un tipo de resguardo y consideración que no tenía antecedentes.

En el caso de la presencia de estos animales en el proceso de Descubrimiento y Conquista de América, su participación tuvo connotaciones de enorme agresividad y violencia. Los perros, adiestrados y traídos especialmente para ayudar a las huestes conquistadoras, terminan desarrollando, en la mayoría de los casos, labores de masacre indígena en distintos lugares del territorio americano. Esta práctica, denominada “aperreamiento” o “emperramiento”, constituyó un imaginario perruno que mucho tiene que ver con la imagen que se tiene del proceso de conquista en tanto proceso de exterminio y violencia sin precedentes. Contrapuesto a este imaginario, hemos rastreado, a partir de escasas pero significativas referencias, un imaginario del perro americano visto desde los ojos del sujeto conquistador: a diferencia de los agresivos canes traídos desde Europa, se trata de pequeños animales mudos, inofensivos y domesticados.

Realizar una investigación sobre las distintas representaciones e imaginarios perrunos a lo largo de la historia, más allá de establecerse como un catálogo curioso o un archivo extenso sobre las distintas visiones que se han tenido de este animal en distintos y

relevantes momentos culturales, pretende establecer una mirada crítica sobre una problemática compleja y muchas veces invisibilizada, presente en el fundamento mismo de estos imaginarios: las relaciones (y tensiones) entre lo que usualmente se ha entendido por “condición humana” y “condición animal”⁷³.

Las proyecciones de un trabajo como este tienen que ver, fundamentalmente, con establecer una genealogía, sentar referentes y asuntos que den cuenta no sólo de la enorme presencia que han tenido los perros en las producciones culturales y simbólicas a lo largo de la historia occidental, sino que, además, instalar la pregunta por las implicancias y problemáticas que estarían presentes detrás de estas representaciones e imaginarios.

Siendo el perro un animal de enorme presencia en la vida cotidiana del hombre, y que ha tenido, por lo demás, complejas y en ocasiones contradictorias valoraciones, consideramos que la revisión de los imaginarios culturales, sociales e históricos que han estado asociados a él, permiten dirigir una mirada profunda y crítica en torno a la compleja articulación entre lo animal y lo humano, relación que tiene en el caso del perro una amplia proyección en la literatura contemporánea.

⁷³ En esta línea de reflexión, consideramos necesario mencionar que este trabajo se enmarca dentro de una investigación mayor que pretende instalar esta pregunta en terreno Hispanoamericano, al mismo tiempo que se hace cargo de la reflexión filosófica contemporánea que ha puesto el centro de su mirada crítica en la “animalidad”, particularmente en los modos en que desde distintos ámbitos del pensamiento occidental se ha establecido la delimitación entre “lo propiamente humano” y “lo propiamente animal”. Autores como Martin Heidegger, Emmanuel Levinas, Giorgio Agamben y Jacques Derrida, entre muchos otros, han reflexionado sobre esta problemática desde el ámbito de la filosofía contemporánea.